

## Como una lagartija

Verde.

Ese era el nuevo color del colegio.

Desde lejos se lo veía como una enorme lagartija.

«Hay que elegir bien el color con el que se pinta la vida», le había dicho el pintor barrigón con diente de oro a la directora, mientras le enseñaba el muestrario. Ella no dudó: verde.

Durante dos semanas habría que caminar con precaución para no tropezar con brochas, escaleras y cubos de pintura.



Elisa pasaba por el patio y se encontró con el cartel que anunciaba la noticia: «Se acerca el Día C».

—¡Puaj! —dijo ella al verlo.

Solo quedaba una semana para el gran día y Elisa pensaba en todo lo que pudiera servirle como pretexto para no asistir: Mamá, creo que tengo hepatitis; papá, ¿te dije que en el colegio hay una plaga de avispas cuadrúpedas carnívoras?; el Ministro de Educación suspendió las clases porque hay riesgo de que un cometa se estrelle contra el colegio.

—¡Odio el día C! —dijo Elisa con un suspiro pensando que estaba sola, pero en ese momento sintió una presencia detrás de ella.

Esa presencia se llamaba Julio de la Paz, aunque en el colegio las chicas lo

llamaban «Julio del Amor», porque eso era precisamente lo que él inspiraba en todas.

—Yo también lo odio —dijo Julio.

12 Elisa y él no eran compañeros, ella tenía diez años y Julio catorce. Nunca habían hablado, era la primera vez que ella lo tenía tan cerca y en lo único que pensaba era: «¡No digas tonterías, Elisa, estás hablando con el chico más lindo del colegio, no se te ocurra decir una burrada!».

—Yo pensaba que a todas las chicas les gustaba el Día C —dijo Julio.

—Ah, sí, no, bueno... a mí no me gusta.

—Debería llamarse Día A por Aburrido, ¿no te parece?

—Sí, claro, aburrido, sí.

Julio rio al ver lo nerviosa que se había puesto Elisa y le preguntó:

—¿Cómo te llamas?

Pero antes de que ella pudiera contestar, una voz alterada e insistente los interrumpió:

—¡¿Tengo algo en la espalda?! ¡¿Tengo algo en la espalda?! ¡¿Tengo?!

Elisa se dio vuelta y, aunque no quería perder el hilo de la conversación con Julio, tuvo que responder a las preguntas insistentes:

—¡No tienes nada, Maxi!

—¡Mira bien!

—¡Nada de nada! ¡No tienes nada!

Y como un remolino Maxi se alejó del lugar.



Elisa volteó para contestar la pregunta que había quedado en el aire, pero Julio ya no estaba, había desaparecido.

Eso pasaba siempre... cuando Maxi se acercaba, el resto huía.

